

Nydia Farhat

CORRAL DE
UNAS MANOS

W



Ediciones del Puente

Corral de Humanos

Nydia Farhat



Ediciones del Puente

Farhat, Nydia

Corral de Humanos / Nydia Farhat ; prólogo de Pablo Callejón.
- 1a ed. - Río Cuarto : Ediciones del Puente, 2020.

270 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-47706-5-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas. 3. Encarcelamiento.

I. Callejón, Pablo, prolog. II. Título.

CDD A863

Corral de Humanos

© *Nydia Farhat*

Diseño de portada: *Celeste Fontana*

Fotografía de portada: *Cynthia Bringas*

Fotografía de solapa: *Facundo Prámparo*

Diagramación: *Maximiliano Brito*

© *Ediciones del Puente*

Río Cuarto - Córdoba - Argentina

edicionesdelpuente@gmail.com

1ª edición - 2020

Tirada: 300 ejemplares

Impreso en Talleres Gráficos Elías Porter

Ciudad de Buenos Aires / Argentina

En el mes de noviembre de 2020

*A la luminosa memoria
de los que me habitan,
que me enseñaron con su ejemplo
a mirar hacia adentro
de cada realidad
y a no permanecer
ni de brazos cruzados,
ni con la boca cerrada.*

N. F.

Un puñado de palabras para acompañar tu lectura

Hacia fines de 1998 me invitaban a participar como voluntaria, ad honorem, para coordinar un taller literario dentro de la unidad penitenciaria de la ciudad de Río Cuarto. Mi primera reacción fue una negativa rotunda, abrigada en preconceptos y prejuicios en los que me había cobijado la vida. Sin embargo, un día viernes, precisamente el 5 de febrero de 1999, me encontraba ingresando a ese lugar tan particular como es la cárcel. Mis negativos iniciales se habían transformado en un “sí” por obligación, para cumplir con las personas que me habían pedido que realizara esta actividad.

Todo preconcepto, todo prejuicio y todo temor, se desvanecieron cuando me encontré con unos treinta hombres que habían renunciado a su siesta de “patio” para encontrarse con “la maestra” que les leería sus escritos. Para mi sorpresa, y rompiendo todo enlace con el imaginario colectivo, di con verdaderos poetas: Hombres que hallaron en las palabras encadenadas, el reclamo impostergable de su esencia para dejar de ser inútiles yermos y empezar a tejerse con hilos vivos en la búsqueda de su refluir pleno. Hombres hoscos y tatuados, que habían dejado retales de sus corazones y de sus vidas en versos y prosas con un caudal de humanidad que perfilaban su inflorescencia. Allí, entre sus papeles, descubrí, aquel primer día, que la vida me había colocado en un tiempo y en un espacio donde, yo también, podía renacer con mis propios verdores después de muchos momentos de sequía emocional, y que a la vez, podía ayudar a germinar las semillas que estaban sem-

bradas en esa aula-celda, que buscaban absorber las aguas del arte hecho Literatura para romper sus tegumentos, realizar un proceso de nacimiento y comenzar a emerger hacia la superficie en la búsqueda de la luz. Así fue como nació el Taller Literario “Bajo Palabra”.

Inmensas satisfacciones nos ha ofrendado esta conexión. Y digo “nos”, porque incluyo a todos los estudiantes que pasaron por mi aula, además de mi persona. Con el tiempo, se sumaron también las mujeres detenidas y llegamos a ser hasta cincuenta y seis almas buscadoras del solaz literario. Los poetas y yo descubrimos que la libertad también estaba en las palabras y por dos horas, cada semana, empezábamos a parirnos nobles y resilientes, abandonando nuestras miserias, las culpas y los oprobios, las cadenas internas, para emocionarnos, sensibilizarnos y autoconcedernos el oficio de ser nuestros propios alfareros “de acá en adelante”. No. No estoy romantizando la cárcel, ni al sistema penitenciario, ni a los internos, ni mucho menos mi trabajo. No fue ni fácil ni sencillo atravesar los muros y los barrotes, especialmente, los humanos.

El “Taller Literario Bajo Palabra” nos ha llevado a presenciar diferentes ediciones de la feria del libro local (al menos siete, seguro) que, con los permisos especiales emitidos por la Justicia, nos ofrecía un panorama diferente donde los libros materializados se hacían ensueños y promesas. Ver salir a los internos para concurrir a la feria en diferentes ocasiones, con sus mejores ropas, bien puestos, y con custodias de civil, hizo que en varias ocasiones me repitieran: “Gracias por hacernos sentir personas”.

También este Taller ha sido motivo de muchas notas en la prensa gráfica, radial y televisiva tanto local, como provincial y nacional ya fuera por esas salidas culturales, o bien por la actividad en sí. Insisto, fue una de mis mejores inversiones personales y profesionales en cuanto a voluntariado se refiere.

A partir del año 2003, fecha en la que se abrió el secundario en la unidad penal referida, pasé a desempeñarme además del Taller Literario, como profesora de las horas de Lengua y Literatura.

Llevo muchos años recorriendo esos pasillos umbrosos y despersonalizados. He vivido cientos de experiencias de todo tenor. Hasta he quedado en medio de un motín a principios de los dos mil. No recuerdo con precisión ni la fecha ni el año. Y tampoco quiero hacerlo.

En esta novela estamos todos: la sociedad, la justicia, la iglesia, los internos, los custodios, la policía, el edificio, pero atravesados por la peor de las miradas, vistos desde nuestro lado oscuro, con aquellas partes reprimidas y muchas veces inexploradas de nosotros mismos que albergan aspectos como la ira, la mentira, el odio, el deseo de venganza, la pasión desenfrenada. Por ello, el título "Corral de Humanos". Todo lo plasmado en este libro es producto de mi imaginación, aunque mi vida esté superpoblada de vivencias reales que jamás voy a olvidar.

Solo me resta agradecer profunda e infinitamente a esos hombres y mujeres que abrieron sus vidas ante el reclamo imperioso de las palabras que necesitaban ser dichas. También a los buenos hombres y mujeres que allí se desempeñan como personal penitenciario, que comprendieron que mi presencia de ninguna manera obstaculizaba ni entorpecía su trabajo de vigilancia y control, sino que por el contrario, llevaba cierta tranquilidad, entretenimiento y ocupación.

No puedo obviar a los uniformados, también mujeres y hombres, que en muchas ocasiones pretendieron humillarme en las guardias y en las requisas. De ellos entendí que la meta era más fuerte que el camino y que debía seguir andando.

Agradezco a mis hijas, que me acompañaron durante 21 años en este desafío. Florencia y Celeste también han podido

visitar la cárcel en varias ocasiones y vivenciar las contradicciones del “adentro”.

Agradezco a mi madre y hermanos, por valorar, acompañar y respetar mi trabajo intramuros, aún cuando no siempre coincidieran con él.

A mi compañero de vida, Claudio, por cada abrazo compasivo y amoroso con los que ha sabido reconstruirme.

A Orlando G, Norma C. y Adolfo M, por haber creído en que yo podía estar en ese lugar.

A Antonio Mateo Allende, escritor cordobés, que ha visitado el Taller “Bajo Palabra” en muchas ocasiones y ha dejado su sensibilidad y ternura en cada uno de los participantes.

A la Lic. Agustina Grangetto, lectora avezada y crítica, por haberse atrevido a recorrer el borrador y opinar certeramente sobre esta novela.

A Pablo Callejón y Luis Schlossberg, periodistas de primera línea, por su colaboración profesional, incondicional y absolutamente desinteresada.

A la fotógrafa profesional Cynthia Bringas por haber captado con el foco de su cámara la esencia de este trabajo que hoy se hace tapa y contratapa.

A la Lic. Celeste Fontana, mi hija menor, por el diseño de las tapas y solapas. Por haber puesto toda su creatividad en esta propuesta y por todo el estímulo que ha sabido ofrecerme para concretar este proyecto.

Los dejo con una carta que los muchachos del “Bajo Palabra” me escribieron alguna vez en una especie de pergamino diseñado por ellos mismos y que conservo como el mejor de los premios. La misma fue publicada en el diario local y en un diario de la ciudad de Córdoba capital.

“A Nuestra Profesora:

Nydia:

Gracias por venir de la luz a la oscuridad. Gracias por venir a canalizar nuestra ilusión; a escuchar nuestros pensamientos, que se derraman en pequeñas poesías.

Tu presencia y tu bondad encendieron en nosotros la ilusión de poder ser escuchados.

Siempre nos miraste a los ojos y nos pediste aquella primera vez, una carta a la vida, sin saber que tu presencia empezaba a ser nuestra felicidad.

Y te supimos hablar de soledad.

Y detrás de las palabras aprendimos a humedecernos las miradas.

Y nos hiciste libres, con unas horas de tu tiempo.

Y fuiste nuestra madre, aunque solo fuese por momentos”

Nydia Farhat

Río Cuarto, 14 de noviembre de 2020.

*Este libro que tienes entre tus manos es una novela.
Una ficción.*

*Cualquier dato, hecho, persona o lugar que
coincida, sea parecido o cercano a la realidad,
no dejará de ser una desgraciada casualidad.*

N. F.

Prólogo

El relato descarnado de hombres y mujeres envueltos en una maraña de soledades y martirios con hedor a encierro, se revela en historias donde los miserables y marginales son algo más que la burocrática arbitrariedad de un prontuario. En la sociedad que gestamos, y con más crudeza en el mundo de las cárceles, se pueden encontrar los simples motivos por los que cualquier persona puede cometer actos atroces antes de echarse a dormir con el sosiego de los buenos. El hombre mata, abusa, asfixia y somete porque es lo suyo. Solo es necesario advertir con precaución el nombre de quienes se colocan los borcegos y los rostros de los que dejan su cabeza debajo de la suela. Un burdo escenario de vidas cargadas por el resentimiento o la resignación, construida sabiamente por un sistema sin pulcritudes, que utiliza y desecha sin más razones que la natural convivencia humana.

Corral de Humanos evita los eufemismos que impiden observarnos en el drama de los otros. Sin atajos, el relato es una interpelación permanente sobre la desigualdad social que emerge brutalmente en el encierro. En la cárcel, como en las calles, el dinero compra mucho más que voluntades mundanas. Es también la moneda de cambio para las conciencias individuales y colectivas. Pero las historias no recaen en el mero escepticismo, ni se reducen a una inevitable mirada antropológica de la derrota. Es un escenario de vidas que se entrecruzan, se observan desde el recelo y recaen hasta en la inevitable secuencia de la muerte. En un mundo donde el horror se comercializa sin esconder sus pretensiones, muchas personas transcurren sus días sin más interés que el de la propia supervivencia.

La insoportable admisión de una muerte oscura en el desolado reducto de un pabellón carcelario, contradice los dictámenes que regulan la riqueza y el status social. Las flores y homenajes de la casta oligárquica no intentan aliviar a los que lloran por sus muertos. Aún cuando la Justicia, la Política, la Iglesia, la Policía y hasta el propio Servicio Penitenciario se conviertan en reductos rancios a merced de los poderes de facto que dispone el dinero, la vida y la muerte, nunca logran desprenderse de la construcción que los individuos y la sociedad realizan de sus estados ecuménicos. Resguardar la ralea de los bien enterrados bajo tierra puede ser la última y miserable pretensión de los vivos.

En la primera novela de Nydia Farhat, el tejido de vivencias humanas emerge de una crónica ficcional que se expresa demasiado real. Es un debate intimidante sobre la construcción de una comunidad que deja germinar sus odios y prejuicios en violentas representaciones. Las fallas del sistema de normas creadas para sostener los preceptos de la desigualdad pueden recaer en la conjunción de la tragedia y la farsa. La cotidianeidad se somete al absurdo de un hecho excepcional que puede cambiar la suerte de los infortunados. Y hasta apretujar el músculo envenenado del reo máspreciado. La báscula siempre a favor de la aristocracia, podría desvanecer de golpe en la mirada incisiva de una mujer sin nada que perder. Y entonces, el placer de los ladrones, abusadores, estafadores y homicidas convive impunemente con los inocentes a merced de una Justicia implacable. La mueca final de ese corral donde la verdad se mide a puñetazos y los días huelen a pólvora de un tambor calibre 38.

Pablo Callejón

“Somos capaces de los actos más nobles y de los más abyectos; de poemas sublimes y asesinatos dementes; de funerales jubilosos y parrandas mortales. No porque unos seamos buenos y otros malos, sino porque todos participamos de ambos extremos. Llegado el caso –y Dios nos libre– todos somos capaces de todo”

Gabriel García Márquez

PREFACIO

ROMANCE DE AQUEL HIJO — Rafael de León¹

*Hubiera podido ser
hermoso como un jacinto
con tus ojos y tu boca
y tu piel color de trigo,
pero con un corazón
grande y loco como el mío.
Hubiera podido ir,
las tardes de los domingos,
de mi mano y de la tuya,
con su traje de marino,
luciendo un ancla en el brazo
y en la gorra un nombre anti-
guo.
Hubiera salido a ti
en lo dulce y en lo vivo,
en lo abierto de la risa
y en lo claro del instinto,
y a mí... tal vez que saliera
en lo triste y en lo lírico,
y en esta torpe manera
de verlo todo distinto.
¡Ay, qué cuarto con juguetes,
amor, hubiera tenido!*

*Tú, entre sueños, ya cantabas
nanas de sierra y tomillo,
e ibas lavando pañales
por las orillas de un río.
Yo, arquitecto de ilusiones
levantaba en equilibrio
una torre de esperanzas
con un balcón de suspiros.
¡Ay, qué gloria, amor, qué gloria
cuando tengamos un hijo!
En tu cómodo de cedro
nuestro ajuar se quedó frío,
entre azucena y manzana,
entre romero y membrillo.
¡Qué pálidos los encajes,
qué sin gracia los vestidos,
qué sin olor los pañuelos
y qué sin sangre el cariño!
Tu velo blanco de novia,
por tu olvido y por mi olvido,
fue un camino de Santiago,
doloroso y amarillo.*

1 N de la A: te invito a escuchar la musicalización de este Romance en la voz de quien la compuso: Mario Álvarez Quiroga.

Tres caballos, dos espadas,
un carro verde de pino,
un tren con cuatro estaciones,
un barco, un pájaro, un nido,
y cien soldados de plomo,
de plata y oro vestidos.

¿Te acuerdas de aquella tarde,
bajo el verde de los pinos,
que me dijiste: — ¡Qué gloria
cuando tengamos un hijo!?

Y temblaba tu cintura
como un palomo cautivo,
y nueve lunas de sombra
brillaban en tu delirio.

Yo te escuchaba, distante,
entre mis versos, perdido,
pero sentí por la espalda
correr un escalofrío...

Y repetí como un eco:

« ¡Cuando tengamos un hijo!...»

Tú te has casado con otro,
yo con otra hice lo mismo;
juramentos y palabras
están secos y marchitos
en un antiguo almanaque
sin sábados ni domingos.

Ahora bajas al paseo,
rodeada de tus hijos,
dando el brazo a la levita
que se pone tu marido
(...)

Nos saludamos de lejos,
como dos desconocidos;
tu marido sube y baja
la chistera; yo me inclino,
y tú sonríes sin gana,
de un modo triste y ridículo.

Pero yo no me doy cuenta
de que hemos envejecido,
porque te sigo queriendo
igual o más que al principio.

Y te veo como entonces, con tu
cintura de lirio,
un jazmín entre los dientes,
de color como el del trigo
y aquella voz que decía:

« ¡Cuando tengamos un hijo!...»,

Y en esas tardes de lluvia
cuando mueves los bolillos
y yo paso por tu calle
con mi pena y con mi libro
dices, temblando, entre dientes,
arropada en los visillos:

« ¡Ay, si yo con ese hombre
hubiera tenido un hijo!...»

1

“Y en el mar de la muerte se hallarán nuestras olas”

José María Valverde

La Señorita Lirio asistió al velatorio de “el Careta”.

Lloró desconsoladamente. Como se llora ante la muerte de un joven afectuoso, carismático y solidario, quien, paradójicamente tan lleno de vida, había perdido la suya en el baño del pabellón Tres, dentro de la Unidad Penitenciaria Número 9; en ese lugar donde habitan “los nadies”, ese sitio repleto de “ningunos y de ninguneados”, tal como ella misma solía mencionarlo.

En la pesadumbre del ambiente fúnebre, la Señorita Lirio y el padre del chico fallecido reencontraron sus miradas. El shock de la tristeza había esmerilado los ojos de ese hombre. Era un signo propio del golpe bajo con el que lo habían sorprendido el dolor, la desazón y el desconsuelo. Tanto la maestra como el padre del joven se quedaron con las miradas transparentes, desde donde se percibían recuerdos en común. Un hombre derruido por la muerte de su hijo. Desplomado. Apuñalado por una pena de la que quizás nunca regresaría y sobrecargado de culpas. Una maestra azuzada por la amargura de tener que despedir a un alumno queridísimo, muerto en extrañas condiciones en una cárcel. Padre y maestra. Maestra y padre... Y una historia en común, estañada y en sepia.

Volvía a ver a ese hombre después de aquella coincidencia fugaz que se diera hacía no mucho tiempo en una siesta de visita en el penal cuando se reconocieron en el pasillo, mientras el chico estaba purgando una “detención simbólica”. A pesar de los años, de las distancias y de los dolores, la existencia de ese ser humano seguía herrumbando la esencia de la maestra. Desde siempre supo que volvería a encontrarlo alguna vez en la vida. Nunca imaginó que aquel previsible cruce de sus almas se daría en los dos lugares más tétricos del universo: la cárcel primero y una sala velatoria, después. Sincronicidad. Dos encuentros aleatorios, pero vinculados por el sentido. Una coincidencia temporal de eventos que guardaban una estrecha relación entre sí, con una raíz de vergüenza y daño, sepultada desde hacía muchísimo tiempo.

En esos dos diferentes instantes en los que las miradas de ese padre derrotado por el sufrimiento, rayano en la agonía espiritual, y la de la encorvada maestra establecieron efímero contacto, la mujer repitió sensaciones y sentimientos que nunca pudo perdonar ni olvidar. Ya no había la gelidez profunda, inmensa, eterna, con visos antárticos en los ojos oceánicos de ese hombre. Había suplicio y pena. Pena que daba pena. La maestra se sintió recorrida súbitamente y su cuerpo blanqueció en un amortajado escalofrío. En ninguno de esos encuentros esporádicos hubo palabras. Solo dolores acumulados por ella y sorpresa envuelta en olvidos por parte de él, o, tal vez, recuerdos envueltos en tristezas compartidas.

La sala moderna de carácter purista y minimalista se había convertido en el velatorio de un hijo, donde todo era válido. ¡Si lo sabría la Señorita Lirio! Velar a un hijo es el precipicio. El umbral de un sumidero que convoca desde su profunda negrura a hundirse en él y enlodarse en su viscosidad para siempre. La razón de la sinrazón, donde se abisman todas las escenas: las desgarradoras,

las desesperadas, las violentas, las arrebatadas, las demolidoras, las indescriptibles, las indescifrables. Vale hasta la presencia de seres indeseables a los deudos, que en esos momentos de oscuridad y desconuelo, de falta de coherencia, de cruel choque con la finitud de la vida, de marcada injusticia, de reclamos al cielo, a Dios, al infierno y al diablo, se tornan hasta propicias en nombre del sufrimiento y del dolor. Y para el padre del muerto, la Señorita Lirio era una presencia indeseada, pero inevitable.

Allí estaba la Señó. En el velatorio de “el Careta”. Con su guardapolvo blanco en el brazo, su cartera al hombro, su cabello siempre peinado hacia atrás y recogido; esa cifosis leve pero que en su delgadez resaltaba como importante joroba; con su rostro caído y agrietado donde el tiempo y las penas habían consolidado su poder demolidor. Esa cara lavada, con evidentes signos de hartazgo de la vida, de una vida que la había magullado en cada una de sus vísceras. Una vida ensañada en propinarle siempre golpes bajos; repleta de adversidades, frustraciones y fracasos, pero en la que su espíritu pugilístico y resiliente le permitía, permanentemente, levantarse y jamás “colgar la toalla” ni darse por vencida. Y ante cada knock-out, volvía a entrenar los puños del alma, para ponerse cada día sobre el ring de su existencia. Así... Una y otra vez... Acumulando penas imposibles de superar, pero a las que elegía abrazar para no arrastrarlas. Había aprehendido a activar mecanismos de autorreparación para no ser una rama seca, sino para poder florecer, aunque más no fuere, esporádicamente.

La siesta de aquel viernes-velatorio, la Señó Lirio se hallaba en la casa fúnebre. Había pedido permiso a sus superiores de la cárcel donde desempeñaba los últimos años de su carrera docente, para retirarse un rato antes y poder asistir al último adiós de su alumno.

En el escaso tiempo que pasó para despedirse del joven, se vio penetrada por las sinestesias que ofrecen estos eventos lúgubres: el olor almizclado y opresivo de las inmensas coronas florales, con esa mixtura de crisantemos, claveles, gladiolos, liliun, todas precintadas con las fajas violetas y sobresalientes letras doradas; como si participaran de una sórdida competencia de apariencias y figuración. No faltaron los homenajes florales de diferentes sociedades rurales; de destacadas empresas agroexportadoras; de la intendencia municipal y de otras intendencias zonales; del gobierno provincial; de algunos ministerios provinciales y nacionales; del obispado local, del Cardenal Primado del país y la más rimbombante quizás, la del Colegio Cardenalicio de Roma. Aparte, las de sus deudos, de las familias patricias de la ciudad y la región, de empresarios y comerciantes.

Las voces bajas y cuchicheantes, los gritos típles o roncocos, los sollozos bruscos y entrecortados; los llantos en todos los bemoles, las luces tenues de los candelabros; el amarillento fluir de las arañas colgadas de los techos; los balbuceos incomprensibles; el sabor a hiel y a sal y las caras compungidas, indignadas y desconsoladas de la gente que desfilaba alrededor del féretro “del Estéfano”. Estéfano Bartolomeo, bautizado como “el Careta”, por los compañeros de desgracia del pabellón Tres.

“El Careta”, apodo adquirido entre las rejas y que aludía a su origen socio económico elevado.

Aquella siesta del adiós la “Seño Lirio” inauguraba su fin de semana con el tremendo dolor de la despedida de su “alumno”. Aunque, en realidad, Estéfano Bartolomeo, el Careta, no era propiamente su alumno. Era un poco más. Se había convertido en su “ayudante de cátedra”.

Si no fuera por la tragedia en la que el joven se había visto involucrado unos cuantos meses atrás, para el momento de su fallecimiento ya habría estado defendiendo su tesis de la carrera de Marketing. Pero no sucedió. Contra todo pronóstico, contra todo plan, contra toda previsibilidad, la mano del destino lo había llevado a aceptar un acuerdo estratégico entre el estudio jurídico que lo patrocinaba y los hombres que imparten justicia, por lo que el Careta había “caído en cana”²... y lejos de vislumbrar la libertad, ahora estaba muerto.

Con los ojos vidriosos y un sollozo sentido, con una procesión interior de sensaciones y sentimientos desconocidos, la Señorita Lirio se acercó al cofre donde yacía, inerte pero bello, Estéfano Bartolomeo.

A pedido de la familia, habían intervenido los tanatólogos de la funeraria para dejar en el joven, un aspecto final de ángel. ¡Y vaya si lo habían logrado!

El Careta era físicamente hermoso y en su último adiós, no podía lucir de otra forma. Tampoco los deudos podrían haberse permitido que, ante la desgracia de perder un hijo en la cárcel, su cuerpo tuviera un aspecto “tumbero”³. O, para peor, nunca se perdonarían haberlo despedido a cajón cerrado, porque hubiese sido un adiós inconcluso.

El cuerpo fue entregado a la familia durante la noche anterior. Y a esa hora lo esperaban los tanatopractores contratados para ponerlo en condiciones. En la ciudad había solamente un profesional dedicado al tema. Pero la funeraria se encargó de traer desde la capital de la provincia a otros dos expertos con los cuales trabajarían el tiempo suficiente hasta que el cuerpo luciera angelical, tal el pedido de mamá Clara, quien se negó rotun-

2 Arg. Estar preso.

3 Lunf. Tumba. En la jerga carcelaria significa prisión

damente a velar a su hijo a féretro cerrado. Actitud a la que se sumaron el padre, los hermanos y los abuelos.

Los expertos pusieron en marcha un conjunto de técnicas dedicadas a la higienización, conservación, restauración, reconstrucción y cuidado estético del cadáver. Fue una noche donde los especialistas convivieron con ceras, bisturíes, espátulas, hilo quirúrgico, yeso, látex, alcohol metanol y formol; a intervalos de café calentito con una que otra factura dulce. Había que pasar el frío de la noche y el de la ambientación a temperatura ideal para ejecutar el trabajo encomendado.

Finalmente, se le dio un aspecto de dormido. Se vistió a Estéfano con una camisa blanca, se le colocó un banderín del club de Rugby al que pertenecía y un prendedor que aludía a la marca de su amada motocicleta.

La tarea fue ardua. A la mañana siguiente sería habilitada la capilla ardiente y las horas pasadas desde el deceso; sumada la posición en la que había sido encontrado; más la autopsia, corrían en contra de un trabajo que debía resultar ejemplar, al menos para que se viera la cara y parte del cuello del difunto y pudieran colocarse rosarios, flores y dedicatorias entre sus manos, y evitar, también, los olores propios de las carnes humanas en proceso de descomposición.

Para hedor y corrosión, ya estaba la muerte. Y la muerte en el baño de una cárcel, era la combinación perfecta de la desgracia. Suficiente.

Antes de abrir la sala para el acceso de los visitantes, los padres ingresaron a ese quirófano funerario para verificar la obra y, de paso, despedirse de su primogénito. Sin embargo, debieron dar algunas precisiones para que se corrigieran los colores del rostro y ahuyentar, de esa forma, toda apariencia que no fuera el de un ser angelado.

Una vez llevadas a cabo cada una de las modificaciones, colocaron el cuerpo en el ataúd. El de mejor madera. El más resistente a todos los avatares que le deventrían, porque era muy probable que debiera pasar por nuevas autopsias.

Finalmente, el viernes a las primeras horas de la mañana, daba comienzo el acceso al velatorio del Careta y con él, un incesante desfile de allegados, amigos, clientes y proveedores de las empresas familiares; conocidos; vecinos; curiosos de otros velatorios que coincidían con los muertos de las otras salas. Procesión de autoridades, políticos, periodistas, religiosos, jerárquicos militares, empresarios, policías y penitenciarios... Veinticuatro horas de exposición del cuerpo tanatopracticado, para que nadie se quedara con los deseos truncos de decirle adiós.

Entre sus lívidas manos, se colocó un rosario de cristales importados, y cruces hechas en flores y ramos de rosas.

La Señora Lirio rozó la mortaja y acarició la cara impecable del joven difunto. Se persignó con devota religiosidad y mentalizó desde lo más hondo de su ser un misterio del Santo Rosario, encargándole a una de sus advocaciones predilectas de la Virgen María, el descanso eterno “del Estéfano” y el consuelo para que la familia pudiera soportar tamaño martirio y pudiera, en algún momento, comprender cabalmente que la muerte de este hijo-hermano-nieto sería una ausencia para siempre.

¡Qué descomunal y desproporcionada es la palabra “siempre” en un contexto de pérdida donde se conjugan las desgracias con la injusticia!

Acomodó sobre el inerte cuerpo, las flores de papel crepe en celeste y blanco que habían intentado las in-

ternas del pabellón de mujeres bajo las órdenes de “La Gringa Gómez”, ni bien supieron que finalmente sería velado con el ataúd abierto. Y entre la mortaja, como escondiendo las evidencias, depositó una serie de cartitas y esquelas escritas por los muchachos del pabellón Tres y también de los otros pabellones, con las que se despedían del chico y donde manifestaban buenos recuerdos, muchos elogios y serios pesares por su pronta y sorpresiva partida.

Aún quedaba mucho por investigar tras aquella siniestra muerte.

Almirón, convertido al evangelismo, y dueño y señor de la oferta de bendiciones del pabellón, había decretado la “resurrección y vida eterna junto al Señor Jesús” en un papel que luego dobló en un intento de paloma: *“El Señor es el que Salva. Y vos estás salvado hermano porque fuistes bueno y fiel, escuchastes su palabra y lo halabastes. En el nombre de Jesus de Nasaré declaro liberación para tu espíritu y rresurrección y vida eterna”*.

Cada uno se expresó como pudo. Con las limitaciones producidas tras el impacto emocional de esta muerte sorpresiva. “El Quimba” hizo lo suyo con lo que mejor le salía: un dibujo. A las ligeras, había logrado estampar su tristeza en lo que parecía un paisaje nocturno donde se vislumbraba un camino, árboles con movimiento de viento y una estrella que derramaba lágrimas, todo hecho en lápiz negro, con contrastes de blancos y grises que combinaban con los estados de su alma. Mientras, “El Paragua”, en su diglosia yopará natal le propiciaba un descanso eterno y en paz. “Elvio” le escribió un simple *“hasta pronto, hermano”*. “El Chuqui”, a su manera, manifestó el pesar que le ocasionaba la muerte de su compañero y amigo de celda, y envolvió en un trozo de papel de diario que simulaba un sobre, una fotografía

extraída de una revista de chimentos que habían recordado juntos y juntos, también, la habían colgado en la pared de la celda veinticuatro. “Esas actitudes que tenía Estéfano eran impagables. Ponerse a la altura de las circunstancias”, pensaba la maestra. Se trataba de una vedette de suculentas y provocadoras curvas, pulposa y semidesnuda, con atuendo llamativamente ligero, en pose sensual y díscola, levemente envuelta en la sutileza de un plumaje plateado que más que sugerir, mostraba las voluptuosidades de su figura. Fotografía de gran valor para el Chuqui a la que contemplaba cada noche, antes de dormir y le dedicaba besos, palabras de amor, obscenidades varias y largas cadenas de masturbaciones. También quiso enviarle la virgencita que había robado de una iglesia, pero la Señó se negó, tal vez porque conocía, o sospechaba, la procedencia de esa imagen.

“El Piturro” mandó una estampita ajada, que lo acompañaba desde el día en el que el tribunal le dictó prisión perpetua, y que mostraba a María en actitud de angustia, con lágrimas en los ojos. Detrás de esa imagen de “La Dolorosa”, entre las líneas de la oración impresa, garabateó un “QEPD”.

El “Conchita”, su compañero de fajina en la panadería del penal, apenas si pudo deslizar con trazos temblorosos su admiración hacia el joven y el amor secreto que le inspiraba. Si bien no compartían pabellón, el contacto a través de la fajina en común había encendido en él viejas sensaciones que le resucitaron las “mariposas en la panza”: *“Te voy a amar para cienpre estefano. Aunque no te aigas dado cuenta de lo mucho que fuistes para mi vida en tan poco tiempo”*.

Otros no alcanzaron a materializar su despedida para que la Señorita Lirio la acercara hasta el féretro del Careta. Sin embargo, “las Presta” encendieron velas en la

celda con la intención de dedicarle rezos durante nueve días. Varios consideraban una zoncera mandarles notas a un muerto, porque no las iba a leer... pero la mayoría enviaba saludos a la familia. Hasta dos de los más turbios del pabellón estaban consternados y algo perturbados por la inesperada muerte del chico. "Satanás", el líder del Tres, estaba perplejo. Actuaba con aparente frialdad, pero por su interior había un torbellino de sentimientos y de curiosidades, más que nada porque sabía que alguien había dado muerte al chico, sigilosamente, premeditadamente, estratégicamente.

— "Venir a quedar fiambre en la tumba, la puta madre. Este 'fórmula uno' es tan cheto que le cayó pa' la mierda la papusa de 'aier' y se pasó de durazno. Quién mierda lo mandó a mandibular⁴" —dijo "el Porteño", como únicas expresiones factibles dentro de su torvedad y aparente ocultación de aquel cinismo a flor de piel que lo caracterizaba. En su interior pensó que, quizás, se habían "pasado de rosca" al haberle insistido al pibe para que probara la combinación de la "papusa⁵ y el rivo⁶ más unos cuantos pipazos". El compañero de celda y silencios de "el Porteño" solo mencionó que no lo había visto consumir nada. Que el Careta nunca aceptaba "la merca"⁷. Se encogió de hombros y esgrimió un "vaya uno a saber", dejando un raro suspenso en el aire.

La madre del joven desgranaba su desconuelo a gritos, vociferaciones e insultos.

— ¡Hijos de puta! ¡Negros de mierda! ¡Mataron a mi hijito! ¡Envidiosos! Que se mueran todos juntos. Les voy a prender fuego. ¡Hay que matarlos a todos! ¡Zánganos!

4 Consumir cocaína.

5 Cocaína en la jerga carcelaria.

6 Apócope de uno de los nombres comerciales del Clonazepam

7 Droga.

—Voy a quemar vivas a sus putas madres para que dejen de parir negros delincuentes, ¡negros de mierda! ¡Basuras! ¡Bastardos! ¡Hay que matarlos a todos! —insistía.

Si bien los primeros informes de la autopsia descartaron muerte violenta, para su madre y hermanos la violencia estaba en que el chico se haya muerto en prisión.

Veintisiete años. Muerte de etiología dudosa en el baño de una cárcel, una noche de agosto, (o una madrugada), Estéfano Bartolomeo fue encontrado sobre el piso, con signos de haberse retorcido de dolores, previo a su deceso. En posición fetal, decúbito lateral izquierdo, apretujando su vientre, como una acción retentiva de las tripas que se le habían escapado en voluminosa diarrea. Una gesticulación que delataba espanto, los ojos entreabiertos más una nauseabunda mezcolanza de vómito y sangre, fluidos que habían quedado fijados en el cuerpo y en el piso como señales de una explosión interior, ya gelatinosos y fríos por el viento helado que se filtraba entre las hendidias de ese baño viejo, roñoso, con olor a hombres y a cloacas, que no era otra cosa que la tumba dentro de la misma tumba⁸.

El Careta había muerto, ¡estaba muerto! Iba a la tumba. ¡A la tumba! ¡¡¡A la tumba!!! Que no era precisamente otra cárcel, sino “la tumba posta”, de la que no se sale más, “de la que no se vuelve ni ahí” según las palabras del Chuqui.

Tras la desocupación de la sala velatoria, una de las empeladas de la limpieza de la empresa fúnebre recogió de un cesto de basura, junto a un bollo de papelitos, una serie de manuscritos y algún dibujo, unos papeles blancos y celestes que parecían haber sido unas flores.

8 Tumba: en la jerga carcelaria, prisión.

2

“Y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos”

Rubén Darío

Esa madrugada del jueves 9 de agosto se alteró la rutina del ruin edificio, cuando el agente de la guardia, cumpliendo habitualmente con una de las prácticas correccionales para la vigilancia continua de los detenidos, pasó lista en el pabellón Tres, y el Careta no respondió.

El primer control del día se realizaba en horas de la madrugada, celda por celda de cada pabellón. Un agente abría los candados, hacía salir a los internos, de cada uno de los habitáculos, por vez, y otro uniformado desde la puerta, los llamaba por el apellido y el nombre completo ante lo cual respondían con un “presente”. Los celadores los miraban y corroboraban, efectivamente esa presencia cantada. Tomaban nota y les indicaban el regreso inmediato a la celda. Cerraban con candados la puerta y así continuaban con las demás.

La celda del Careta estaba al final del pabellón Tres. Era la última en controlarse.

Ante el llamado de la veinticuatro, salieron todos los que estaban. Bastante dormidos, con frío y hasta desorientados por el sueño. Los días previos a aquel luctuoso escenario, habían sido de gran agite en cuanto a estupefacientes se refiere. Menos para Atilio Pincén, quien solo compartía celda, baño, consejos y pabellón, pero que estaba alejado de toda transacción non sancta

ya que tras su injusta detención, siempre dejó su cabeza afuera, allá, en la libertad del campo, con los suyos.

—Pincén, Atilio —lo llamaron y cantó: “presente, señor”. Particularidad propia de su temple de hombre grande, respetuoso, de buenos modales con ese acento típico de su origen rural. Como todos los días, se había despertado antes, pero un extraño dolor de cintura le había impedido levantarse y vestirse, así que estaba aún en el camastro, cuando llegó la rutina matinal.

Con voz en alto, el celador continuó: "Bartolomeo, Estéfano; Leiva, Ángel del Rosario; Carrero, Miguel Octavio; García, César Nicolás; Chamorro, Tránsito del Carmen". Todos, menos el primero, corroboraron su presencia.

—Bartolomeo —repitió el penitenciario.

—Bartolomeoooooooo. Bartolomeeeeeeeeeoooooooo. Bartolomeeeeeeeeeoooooooooooooooo. Bartolomeeeeeeeeeoooooooo, Estéfanooooooooo. —Insistió con cierto nerviosismo.

Nada.

El agente que abría y cerraba las celdas, se asomó al interior y no lo vio.

El que pasaba la lista necesitaba urgente respuesta para terminar con parte de su cotidianeidad como penitenciario, y poder entregar la guardia. A las diez finalizaba su turno y lo único que deseaba en la vida era volver a su casa, quitarse los borceguíes, colocarlos en el patio para no contaminar el ambiente calefaccionado e impecable que mantenía su mujer. Sufría de podobromhidrosis, pero sus compañeros de uniforme lo habían simplificado con el nombre de “terrible olor a pata”. Además de los botines, el mayor deseo del carcelero era el de poder sacarse las medias rotas en la punta, que le estrangulaban el dedo gordo del pie izquierdo. Desabrocharse la camisa, quitarse el pantalón y quedar-

se desnudo, era lo que le seguía. Baño caliente y renovador para quitarse los olores; afeitada al ras... y a la cama. A reponer el sueño que le quitaban las veinticuatro horas consecutivas de la guardia y a la que debía reingresar en las próximas cuarenta y ocho horas.

—Bartolomeo, Estéfano, insistió con voz de mando.

—Bartolomeoooooooooooooooooooo.

Nada.

“El Roña”, apodo de García, César Nicolás, uno de los compañeros de la celda veinticuatro gritó “en el ño-baaaa”.

—Pincén, Usted que madruga siempre, ¿no vio a Bartolomeo? —gritó.

—No, no, Señor. Hoy me quedé un poco más en la cama y pensé que estaría.

Los internos, entredormidos todos, apoyaron la idea del “Roña” de que estaría en el baño, por lo que se lo dijeron al guardia, nuevamente y a coro. Aunque sonaba disparatado que se hallara en el baño dadas las normas de encierro, pero nada había que descartar. Ante la no respuesta, fue necesario encerrar a los de la veinticuatro, trabar con los pasadizos externos y colocar candados a cada calabozo, sacar al compañero penitenciario del pasillo del pabellón y ahí, según los protocolos, comunicar a los superiores de la guarida quienes convocaron a los demás agentes para el ingreso formal, con todos los elementos correspondientes que requería la ocasión.

En una fracción de segundos, el celador que había pasado la lista propinó un rosario de insultos cargados de bronca y cansancio. Sabía que algo no estaba bien.

Y en otra fracción de segundos, se habían activado las alarmas, que con su chocante ulular presagiaban hechos violentos dentro del mismo orden institucionalizado.

De pronto aparecieron los escudos, los cascos y los viejos fusiles FAL.

Todo cambiaba en la unidad penal.

Los gritos, el enojo y el frío de la muerte habían despertado a la población detenida. El Careta estaba muerto. En posición fetal. En el baño del pabellón Tres. Había explotado en diarrea, vómitos, sangre y signos de evidente convulsividad.

Mientras se convocaba al médico, se dio urgente parte a la fiscalía de turno. Se hizo presente la policía junto a los bomberos. Se cortaron las calles, la principal y las laterales y se procedió a hacer el trabajo criminalístico correspondiente en el interior del establecimiento penitenciario número 9.

“La yuta se puso jevy”, repetían algunos internos. No era frecuente tener un “pibe de buenas familias en la tumba” y mucho menos que “un pibe” de esas características hallara una muerte así: “de una, de la nada”.

—“El tordo demoró un suspiro en llegar. Claaaaaaa. El Careta era cheto y con guita y estaba en cana de mentirita. Si hubiese sido alguno de nojotros –aspirando la s, como era su costumbre- el tipo hubiera demorado una banda. O capaz ni venía”. —Lo relató después Clarence William Godoy, conocido como “el Chino” que fue convocado en calidad de testigo ya que había observado todo el procedimiento desde las rejas del pabellón de enfrente, y con tal de que lo sacaran un rato, aunque fuera para hacer trámites en los tribunales, se ofreció a contar su versión de los hechos, según las vivencias de sus ojos y las libertades fabularias que solía ofrendarle su frondosa imaginación a la hora de narrar algunos eventos, en especial los que sucedían adentro del penal.

Con velocidad admirable llegaron los encargados de la investigación, y con la presencia del fiscal de turno

y de sus ayudantes, se procedió a delimitar el lugar y vallarlo a los fines de la preservación de la escena ¿del crimen? Se realizó una minuciosa inspección ocular; se marcaron las posiciones y se las enumeró; se tomaron las muestras necesarias, se hicieron las fotografías del cuerpo y del lugar y se anotó todo aquello que se vio y se constató. Una práctica interpretativa, una constelación de procedimientos, condiciones y recursos a través de los cuales se aprehende la realidad de una muerte, y se la entiende y se la organiza como parte un hecho más de la vida cotidiana y que queda enmarcada dentro de la Criminalística, sin detenerse en lo que piensan y sienten los sujetos participantes, sino en lo que éstos hacen y construyen a partir de su propia realidad. Algo que el común de la sociedad ve con horror, sorpresa y cierta curiosidad mórbida; para los hombres uniformados y para los de traje y corbata que son operadores de la justicia, resulta normal. Una práctica inherente a su profesión y a su oficio.

La Señorita Lirio solía espantarse ante la naturalización que hacían los penitenciarios, los funcionarios de la justicia y los internos del penal de los hechos aberrantes como los crímenes, los suicidios o las muertes violentas que sucedían dentro del ámbito carcelario.

Cierta vez, revisando los títulos de los textos que sobaban en la diminuta biblioteca de la cárcel, y que yacían en un contenedor del patio a punto de ser incinerados por falta de espacio, la maestra rescató uno que le llamó poderosamente la atención. Era, en apariencia, un texto distinto ya que abordaba, según la reseña, un tema poco conocido. El libro terminó en su casa y, con el tiempo, pasó a ser su obra de cabecera porque explicaba, con precisión y gran lecturabilidad, aquello que tanto atraía su atención, como lo es la normalización de lo anormal, que veía con frecuencia en su ambiente de

trabajo. Ese texto intentaba comprender los procesos constitutivos de la inteligibilidad social desde un método moderno. Se trataba de un libro sobre la Etnometodología que desde su contratapa proponía que *“los seres humanos son agentes activos capaces de articular conocimientos que les son propios para definir, según las circunstancias y los significados, las situaciones sociales en las que se hallan implicados”*. En otras palabras, era un libro para entender la sociología de la vida rutinaria, que -desde una amplia teorización- ofrecía las explicaciones sobre cómo lo llamativo y lo anormal para el común de los mortales, se hace automatismo y parte laboral de otros seres humanos, sin causar en ellos más que un interés repetido, sin impresiones subitáneas, sin huellas en su emocionalidad.

Ese día gris y de fría llovizna, en el ambiente carcelario, el hecho de la muerte de un interno no dejaba de ser una novedad y de causar estupor e indignación al menos entre los demás internos del pabellón Tres. ¿Sería que el Careta rompía todas las explicaciones posibles emergentes de los libros y de la vida?

Tras haberse empleado todas las herramientas y dispositivos necesarios para encarar la investigación pertinente, los enfermeros de turno trajeron la angarilla. Cargaron al Careta, en la misma posición en la que había sido hallado; roñoso como había quedado. Los demás curioseaban por las mirillas de las celdas, sorprendidos e impactados. Se llevaban al chico así como así, sin una sábana que lo cubriera. Algunos solo guardaron silencio. Otros, profirieron insultos y unos cuantos maldijeron la vida, la muerte y la cárcel.

Un jueves 9 de agosto, un día de otro tipo de violencia, donde la muerte se llevó a un joven de alta alcurnia. Día distinto y triste en la celda veinticuatro, en el pabellón Tres, en la Unidad Penitenciaria Número 9.